

Iª hora

Pensó que jamás volvería a oír su voz. Habían transcurrido muchos años cuando sonó el irritante timbre del teléfono de su casa, aquella mañana de primeros de junio. Descolgó el auricular con cierta pesadumbre. Era la octava llamada que recibía aquel día y sabía que si respondía se vería obligada a repetir las mismas palabras; similares datos sobre los que llevaba informando, de manera más o menos mecánica, a lo largo de las tres últimas semanas. Se acercaba peligrosamente la hora de comer, y estuvo a punto de no contestar sospechando que quizá no se tratara de un posible comprador de la casa, sino de alguna —solían ser mujeres las que llamaban— telefonista de las que saludan pronunciando el nombre y apellidos del interfecto y que demuestran, con desparpajo, conocer todos los datos que genera diariamente una vida. Hacía ya tiempo que, superada la una del mediodía, gente desconocida in-

terrumpía su trabajo, detenía su concentración y, sobre todo, aquello que más la exasperaba, hacía tambalear sus modales. El motivo de estas intrusiones telefónicas era que se había puesto en marcha una campaña masiva de publicidad de empresas de telefonía móvil. Finalmente, y sin ninguna convicción, Lara contestó. Unos meses atrás, la maniobra comercial fue perpetrada por aseguradoras de coches que hablaban de posibles accidentes de tráfico, de heridos y muertos, de roturas de lunas e incendios, de siniestros totales. Descolgar el teléfono hoy en día podía suponer oír cómo alguien te auguraba cualquiera de estas catástrofes y el enorme sentido que adquiriría, entonces, pagar para paliar los inminentes estropicios o las seguras futuras desgracias a las que uno se vería abocado en caso contrario. Miró el reloj; la una y veinticinco del mediodía. Lara pronunció desganadamente un «dígame» resignado, pensando en la frase que utilizaría a continuación para deshacerse de la inoportuna interlocutora. Sin embargo, en esta ocasión, su refinada intuición falló y lo que oyó fue cómo la voz delicada de una mujer pronunciaba las siguientes palabras:

—Buenos días. Llamo por el anuncio que han puesto ustedes en el periódico. Me gustaría ver la casa... si todavía sigue en venta.

Lara reconoció instantáneamente la voz de Ene. De aquella que tiempo atrás había sido su amiga, su única

amiga. Su mejor y mayor cómplice. Aquella que había removido todos los pilares sobre los que sustentaba su incipiente paso por la tierra. Nunca pudo arrancársela de la cabeza. Intentó olvidarla, pero no logró encontrar la fórmula. Si la gente cuando desaparece de la existencia de uno se llevara la memoria de lo vivido juntos, la vida sonaría de otra manera; no retumbaría como resuenan las campanas cuando los badajos se detienen. Sus curvas, las de la ausencia, no conformarían un frágil asidero sobre un precipicio. El tiempo volvería a empezar, sin la sensación de haberlo perdido, de haberlo malgastado, como se malgasta un cigarrillo cuando se consume en un cenicero; despacio, pero infatigablemente. Las cosas cambiaron para siempre después de lo sucedido. El mundo no fue el mismo. Lara nunca volvió a ser la de antes. De pronto tuvo la impresión de haber estado sentenciada para habitar en aquel recuerdo, o él en ella. A lo largo de los años, se dio cuenta de que nunca había logrado extirpar de la memoria la época en que vivieron juntas y aquello que trajo consigo su convivencia efímera, pero intensa, corta pero definitiva para su cerebro débil. El sentido de los hechos, de los acontecimientos de su deambular por la vida, de absolutamente todo aquello que la encarnaba, se había difuminado, distorsionado, desvanecido para siempre en el instante en que una voz igual a la de su amiga, Ene, sonó al otro lado del teléfono.

Desfilaban los minutos ensordecidos. No, quizá no fuera el adjetivo adecuado, no eran ensordecidos, sino

sólo alimentados por el ruido monótono y regular del aire acondicionado. Decían que estaba siendo la primavera más calurosa que había soportado la ciudad después de sesenta años. No llovía, la lluvia, o *Lluvia*, el título de una canción de Rosana que acaba de oírse en la radio, repiqueteaba en el recuerdo, en su recuerdo. No el ruido de la lluvia estruendosa irrumpiendo en una conversación o monótona macerando un sueño, sino la canción de una cantante canaria, que se oía en la radio, hablando de una humedad, en pleno estío anticipado, imposible de imaginar. Apagó el aire acondicionado y también la radio; sentía la mente desbocada y le costaba disciplinar los pensamientos, que crepitaban como rescoldos. Enseguida sintió nostalgia de los acordes de esa voz femenina, húmeda y gratificante. Gotas pequeñas de sudor comenzaron a surgirle en la frente; desde la raíz del pelo bajaban en silencio por la piel de su rostro amontonándose en la punta de la nariz. Vio la temperatura que marcaba el termómetro: veintidós grados; la temperatura óptima. Sin embargo, Lara empezaba a sofocarse, la excitación provenía de dentro. No, no era un golpe de calor, sino un puntapié de la realidad. Pero ¿de cuál? Se recogió el pelo en un gesto inútil para refrescarse la nuca. Esta vez este gesto habitual y que realizaba con bastante pericia no evitaría los rescoldos. Utilizó un lápiz, a falta de otro utensilio más oportuno, y, después de darle dos vueltas a la melena que sujetaba en una mano y que levantó hasta la coronilla, introdujo el lápiz a modo de estilete dejando así el

cuello exento. Lara cruzó una pierna intentando acomodarse en una postura inverosímil, sentada como estaba en su silla de despacho. Pensó que había vuelto Ene, o al menos la voz de Natalie, o alguien con su voz, y recordó. Las mujeres, entonces, en su adolescencia, perdían la virginidad. Lara perdió mucho más; la cabeza. Encendió un cigarrillo y dio una calada profunda, y una más y una tercera, dejando que el pequeño despacho donde trabajaba se fuera cubriendo de brumas. Aquel espacio era una buena metáfora de cómo se hallaba su cerebro; las tinieblas lo ocupaban todo, las brasas de entonces seguían humeando. Un tiempo, confuso e indeterminado, en el que la vida de Lara y la de Natalie, de Ele y Ene, ¿qué importa el nombre?, se cruzaron. Habían pasado más de treinta años.

